



JULIO CAMBA. UNA LECCIÓN DE PERIODISMO

Francisco Fuster

Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2022

179 pgs.

Reseña por **Francesc-Andreu Martínez Gallego**

Universidad de Valencia

Francesc.Martinez@uv.es

UN CAMBAZO

Creo que Francisco Fuster ha escrito su biografía de Julio Camba para mí, y para todos aquellos que, como yo, imparten clases de historia en las Facultades de Periodismo que en España son. No pocas: unas cincuenta y cinco. Incluso, es posible, que lo haya escrito para gentes del oficio –historiadores– que se emplean en otro tipo de carreras pero que tienen como norte reconstruir pasados periodísticos relevantes.

Preguntado sobre la cuestión, Fuster dice que ha escrito su biografía sobre Camba para todo aquel que se interese por un escritor y periodista que tuvo algo muy especial: “fue un autor distinto a los demás” (p. 15). Sí, él lo demuestra en este libro bien trabado, bien informado, bien escrito, ganador del Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías en 2022.

Oigo su respuesta. Es posible que tenga razón. Yo, *diosmediante*, sigo pensando que lo ha escrito para mí, para un nosotros gremial. Que, ¿por qué lo sé? Por su requisitoria inicial, prologal, que dice así:

Como citar esta reseña:

MARTÍNEZ GALLEGO, F.-A. (2023): “Un cambazo” [Reseña del libro *Julio Camba. Una lección de periodismo*, por M. E. Gutiérrez Jimenez (ed.)]. *Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, (21), pp. 233-237.

(...) quien ojee los actuales planes de estudio de las universidades españolas puede comprobar que, normalmente, en esos se tiende a privilegiar la formación de los periodistas en cuestiones más relacionadas con el formado digital, que con el analógico; más con el contenido audiovisual que con el escrito. Sin que de una cosa se derive, necesariamente, la otra, presumo que esta mirada hacia el futuro del oficio, comprensible en un mundo globalizado e informatizado, impide el aprendizaje de su pasado, por lo que muchos graduados en Periodismo obtienen el título sin conocer –o conociendo muy superficialmente– la original aportación cambiana a la historia de la prensa española.

¡Ay! ¡Si solo fuese Camba! Fuster, que ha hecho incursiones en Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Valle-Inclán, Azorín, Unamuno o Josep Pla, sabe que a los grandes en hilvanar palabras para embellecer el mundo no cabe guardarlos en una cajita de plata, llámese asignatura ‘Literatura y periodismo’, que por otra parte ha desaparecido –ella también– de la mayor parte de los temarios. Hay que airearlos. Y hoy más que nunca. No es un problema de contraposición entre lo analógico y lo digital, sino de antagonismo entre mal y buen periodismo. Es obvio. Cuando todo hijo de vecino informa; cuando, para informar, las gentes escriben como buenamente pueden (y casi nunca bien); cuando las rutinas productivas y su vértigo en los llamados medios tradicionales –que a buen seguro son ya cibermedios– impiden reparar en eso que antes se llamaba estilo (palabra lógicamente en desuso, a veces sustituida por un anglicismo que remite a otras instancias, *fashion*); cuando la velocidad se confunde con el tocino; cuando se menosprecia a la escritura y se suplanta por la identidad (¿quién te ha dicho que yo, yo, no soy capaz de escribir una novela o una columna?); cuando hacerlo rematadamente mal es “mi manera”, *my way*, y merece tu requiebro, solo por eso; cuando la mayor parte de la información se vierte en el molde de la frase penosa, entonces es necesario volver la vista hacia quienes –en el pasado, ahora– nos ofrecieron, nos ofrecen, el suceso envuelto en el sustantivo preciso, con la justa y contenida adjetivación, con la metáfora adecuada, con la aspiración a la diferencia a través de la belleza: no necesariamente canónica, tal vez inventada, irregular, nueva.

El libro de Fuster, sí, es para mí, para nosotros, porque sospechamos que el problema no está en el soporte de la escritura, sino en la escritura misma. Y que, en vez de detenernos a pensar sobre este pormenor (¡pormayor!), preferimos sustituir una buena clase sobre Camba por el éxito seguro de –pongamos– Tuiters, fugaz en su economía lingüística pero perdurable por la maestría en su manejo de los odios más arbitrarios y de los insultos menos imaginativos, soporte posible del periodismo más vertiginoso, que mezclado con cien millones de cosas más produce una curiosa ensalada capaz de conjugar en uno solo los cuatro sabores del vino, a saber, dulce, salado, amargo y ácido. ¡Qué no se diga que no estamos abiertos a nuevas experiencias!

Vengan Cambas. O libros sobre periodistas que supieron y saben escribir. Hay una lista amplia, que corre el peligro de escurrirse por la gatera si no vamos punteando, tal vez con buenas biografías, los nombres que en ella hay anotados. La de Francisco Fuster es eso, una buena biografía que nos acerca a un personaje y a sus contradicciones, jalonada por textos periodísticos cambianos –no muchos, pero certeros– que aderezan el conjunto y abren boca.

Creo que lo mejor que se puede decir del libro es que, cuando lo terminas, tienes ganas de leer a Camba. Muchas.

En el caso de este lector suertudo, el proceso ha sido el contrario. Leí a Camba primero. En textos varios, pero no hace mucho, en un libro editado por Catalina Luca de Tena, con el título de *Julio Camba. Maneras de ser español* (2006). Confieso que no me sedujo el título –y menos la frase preliminar, la del fascista vanguardista Ernesto Giménez Caballero, el GC de *La Gaceta Literaria*–, sino todos y cada uno de los artículos, de las crónicas, que hay en su interior. De modo que, la biografía de Camba que Fuster ofrece me recordó que debajo de los adoquines puede estar la playa, pero también el infierno. Esto es, que detrás de las maravillosas e inteligentes crónicas firmadas por Julio Camba había un señor con una biografía ciertamente patética. A mi me lo parece, al menos.

Más Camba: el propio Fuster ha venido publicando antologías del periodista en cuatro libros bellos, *Caricaturas y retratos* (2013), *Maneras de ser periodista* (2013), *Crónicas de viaje* (2014) y *Galicia* (2015). Además, Fuster ha prologado las reediciones de cuatro libros de Camba: *Playas, ciudades y montañas* (2012), *Alemania* (2012), *Londres* (2012) y *La casa de Lúculo* (2015).

Nada como iniciarse en el anarquismo teórico para terminar siendo un periodista misógino y reaccionario, con pleno dominio de la ironía. En realidad, lo irónico es la vida: la que lleva a trasiegos tales. El Camba nacido en 1884 en Vilanova de Arousa resultó mal estudiante y algo mohíno. Pudo haber sido cura, pero prefirió echarse la novia de la adolescencia y traspasar el umbral del terruño. Tal vez si hubiese cogido los hábitos no se habría aficionado por la poesía amatoria y, entonces, el Camba periodista se hubiese perdido. Sí, porque lo que hizo fue enviar alguno de sus poemas a la prensa local y, con ello, descubrir que aquel mundo pequeño no era el suyo. De modo que, con un petate de dieciséis años, se embarcó hacia la Argentina. Otro gallego rioplatense.

En Buenos Aires vuelve a dirigirse a los periódicos y en 1901 se vuelve a enamorar. Pero esta vez de La Idea. Lee con denuedo a Kropotkin y escribe literatura de combate, periodismo febril porque sirve, eso piensa, para la redención de la humanidad. Aquello no dura mucho, las autoridades argentinas se deshacen rápidamente de él y otros como él, y llega a Cádiz, deportado, en diciembre de 1902. Y de ahí a casa. Vuelve un tanto vago, sin ganas de inmiscuirse en el tedio circundante, por lo que decidirá cambiar de aires y poner proa a los madriles.

Acude a la capital, tan anarquista teórico como antes, pero, al parecer, con una nueva intención: hacerse periodista. Y ser hará. Primero, cómo no, de cabeceras anarquistas como *Tierra y Libertad* o *El Rebelde*; luego, cuando va dejando atrás sus compromisos juveniles, en periódicos generalistas cuya línea editorial va dando pasos hacia el conservadurismo: comienza en el republicano lerrouxista *El País* para seguir por *El Mundo* y terminar en ABC.

El libro de Fuster prefiere no profundizar en las comparaciones. Ya se sabe: odiosas. Azorín, de anarquista a maurista. Lo que sí hace el libro es avanzar al ritmo de la cronología, a través de capítulos redondos, que el autor fija como etapas en la evolución del periodista Camba.

El tercero se refiere al Camba que se hace corresponsal de la mano de *La Correspondencia de España* en 1907 y que marcha a Turquía, con cierta desgana puesto que el orientalismo no le atrae los más mínimo. Fuster convierte en fundamentales las páginas 60 y 61 de su libro para explicarnos no solo la conversión en corresponsal de Camba, sino su apuesta, en las corresponsalías, por un género que hará suyo y para siempre: la crónica, que “es la información comentada y es el comentario como información; es la noticia de los hechos objetivos, pero es también, la opinión subjetiva y personal del autor”. Esto es, desde el respeto al hecho, Camba fabula. Y construye su técnica: él es el eje de su fabulación, su propio personaje, el tipo que eleva la anécdota a categoría, el encargado de encandilar al lector por ser el superior entre todos los *dramatis personae*. El yo –el de un egocéntrico, claro– que sirve para distanciarse recurre al humor y tal cosa le permite no entrar en la desazón del compromiso. Se ha vuelto conservador no por expresar opiniones de mantenimiento del *status quo*, sino por no expresar posibilidades de cambio. Su humor está muy alejado de la sátira; es un humor lúdico, juguetón, amante de la rocambola que, como es sabido, suele sustituir al ajo en el condimento y que él cocina con palabras.

Y así avanza. A Camba se le da bien irse lejos, pero a los mejores antros de la civilización: mejor que el Estambul de los Jóvenes Turcos, Londres, Berlín, París o Nueva York. La calidad de sus crónicas hace que los periódicos se lo disputen y que los editores saquen, ante su presencia, la chequera. Cuando, entre corresponsalía y corresponsalía, vuelve a Madrid, se aburre. La anécdota que relata Fuster, relativa a 1926 y a uno de esos momentos madrileños, define al personaje: acostumbrado al desarreglo vital, al trasiego continuo, decide acomodarse a una cierta disciplina y contrata a una mujer que hace de cocinera y juega con él al dominó. Cocina bien; juega fatal. Cuida del cuerpo y del espíritu de Camba, que no soporta ver ganar a una mujer sobre un hombre.

Esa es la época de *El Sol* que, por suerte, lo envía a Nueva York. Es ahí donde conoce el advenimiento de la Segunda República. Ni congenia con ella ni deja de congeniar. Se ilusiona porque ve que sus compañeros de generación y, en especial, los corresponsales de prensa, están recibiendo la sinecura de alguna legación. Se ve como embajador: algo así como un anfitrión a lo grande de tertulia literaria que, en vez de reunirse en un restaurante madrileño, lo hace en el salón de un palacete lleno de retratos de plenipotenciarios.

No consigue el objetivo y transforma su quimera en odio africano hacia el régimen republicano. Como se ve, Camba no solo es el personaje evidente o subyacente de sus crónicas. Es su propio héroe. Y le han chafado el destino escrito en las estrellas. De modo que se venga con el libro *Haciendo de República*, ataque furibundo a Azaña y a los republicanos que, según el gallego, no tiene la más mínima capacidad para acometer cambios y se limitan a operaciones de maquillaje. Como buen ex anarquista, cuando “acabe” con los republicanos se meterá a fondo con los socialistas. El maniático Camba se ha vuelto el monomaniaco Camba.

Y de ese modo rueda, de forma inexorable, hacia la reacción. Durante la guerra, instalado en Vilanova de Arousa y bien lejos de los frentes –el corresponsal ha dejado de serlo– deviene

en palmero de Franco y trata de justificar el asalto a la libertad, a la que quiere dentro de un límite. Obviamente, está forzando sus propias costuras y, ciclotímico como es, cae en depresión cuando, al comenzar la Segunda Guerra Mundial no entiende muy bien qué hace su amado Franco apostando por el régimen nazi, existiendo como existen sus queridos ingleses. Es el final anticipado. Antes de dar tumbos por Lisboa o de recluirse en el madrileño Palace, se especializa en refritos. Se hace el humor. Onanista.

El libro de Fuster nos depara una narración circunstanciada, ágil y crítica de los devaneos de un periodista tan patético como genial. Prescinde de las notas a pie de página –cosa que, personalmente, no me complace en exceso–, aunque no de referencias integradas en el texto. Con todo, el lector no acaba de saber sobre las fuentes de las que en cada momento se está sirviendo el biógrafo, que sí sabe pagar sus deudas intelectuales con la mención de las obras que considera relevantes para la cabal comprensión de Camba.

A la postre, lo que nos ofrece el libro de Fuster es la posibilidad de entender mejor el periodismo del primer tercio del siglo XX, de comprender el vínculo entre biografía y literatura. Con la maestría de un consumado autor de historia cultural y con la aparente sencillez de quien quiere llegar a todo tipo de públicos, Fuster nos guía a través de un Camba que a este lector le ha resultado genial y odioso a partes iguales. El libro de Fuster es un cambazo, puesto que sufiija una vida guiada por la contradicción y la egolatría.